

MENTIDEROS DE MADRID

La difamación y la crítica no son algo exclusivo de nuestra época. Las valoraciones -con prejuicios incluidos- acerca de los demás y del mundo que nos rodea siempre han estado presentes. En el siglo XVII, la sociedad también calumniaba a quienes estaban por encima de ellos. Lo más curioso es que para ello había lugares específicos: los mentideros.

Por MIRIAM GÓMEZ BLANES



Los mentideros fueron espacios públicos y abiertos, situados en lugares estratégicos que, durante los siglos XVI y XVII, jugaron un papel similar al que hoy desempeñan muchos medios de comunicación. Madrid era el lugar donde se ubicaban los tres más populares —las Gradas de San Felipe, el de los Representantes y el de las Losas de Palacio—; y los reyes y personajes de la corte, los sujetos principales de las malas lenguas. Su momento de máximo esplendor se vivió durante el siglo XVII, y más en concreto en el reinado de Felipe IV. Grandes figuras del mundo de las letras, como Góngora, Lope de Vega o Quevedo, actores y actrices, lite-

ratos y poetas, acudían a ellos para conversar y pasar sus ratos de ocio.

EL BARRIO DE LOS LITERATOS

En el Madrid del siglo XVII confluyen lujo, poder y ostentación, pero, a la vez, ello colisionaba con la otra cara de la moneda; se observaba la confrontación entre riqueza y pobreza, las zonas fastuosas y las zonas marginadas. Los pobres querían ser como los ricos y estos querían serlo más, lo que conducía a las inevitables envidias y a las críticas.

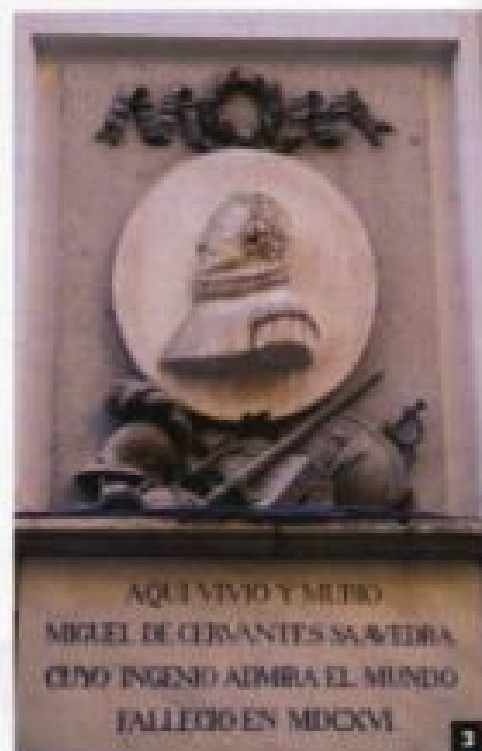
En este contexto, encontramos el Barrio de los Literatos o de las Musas, donde se concentraban poetas, artistas y to-

do tipo de gentes del mundo de las artes y el espectáculo del Siglo de Oro. La zona estaba en el centro de Madrid, en concreto en el triángulo que forman las calles de Atocha, Jesús de Medinaceli, la carrera de San Jerónimo y la plaza de Jacinto Benavente, que dejaban en el centro las calles de Huertas y el Prado. En estas vías residían muchos de los grandes autores. Cervantes, por ejemplo, vivió en la calle Huertas, y después en la de León; Lope de Vega, en la calle Francos; y Quevedo, en la del Niño. Incluso Felipe IV frecuentaba este barrio bajo el seudónimo de "un ingenio de esta Corte", nombre con el que firmaba sus co- >





1. **Gradas de San Felipe.** Se hallaba en plena calle Mayor y fue el mentidero más popular de su tiempo. 2. **Comediantes.** El ingenio más afilado coincidía en este espacio, que daba cabida a las alegres gentes del espectáculo. 3. **Cervantes.** El autor de las *Novelas ejemplares* y *El Quijote* vivió en las calles de Huertas y de León. 4. **Noche.** A cualquier hora del día, se comentaban los sucesos que acecaban en la corte.



> medias, todas ellas estrenadas en el teatro de la Cruz.

Pero no sólo eran las viviendas de los escritores las que daban un carácter marcadamente literario al lugar, sino que, además, existían lugares como los teatros, los corrales de comedias o los cafés donde artistas y creadores se reunían a conversar. Y, por supuesto, ocupaban un lugar señalado los mentideros. Conocidos y frecuentados por la sociedad del momento, en ellos se encontraba distracción hablando de los males de los demás, como afirma Ricardo Sepúlveda, en su libro *Madrid viejo* (1895, reeditado por Trigo ediciones, 1996): "el mentidero era taller, redacción e imprenta, sin previa censura, ni fiscalía, ni timbre, y con una suscripción tan numerosa que ya le quisieran

suelta del mentidero tenía, después de todo, paso franco por todas partes, y no se sabe que jamás diera de bruceos con los familiares de la Santa Inquisición".

LAS GRADAS DE SAN FELIPE

El primero en importancia fue probablemente el de las Gradas de San Felipe, del que Ricardo Sepúlveda afirma que era un lugar que atraía a los caballeros desocupados del Siglo de Oro, "un lugar de cita no devota, un laboratorio de noticias, un chisme en activa génesis, un pasquín perpetuo aunque invisible, donde sin pie de imprenta y editor, se daban a conocer los rumores más nuevos, más curiosos y a veces más horrendos".

Era el mentidero más popular y visitado por estar ubicado en el centro de Madrid, en plena calle Mayor, entre las calles del Carreo y de Esperteros, y, más concretamente, en el convento de los agustinos calzados de San Felipe el Real. Estaba situado en la zona donde la gente realizaba



CALLE DE LAS HUERTAS

sus compras. A las once de la mañana el mentidero hervía con el bullicio de la gente, hasta que las campanas del convento repicaban el Ángelus –sobre la una de la tarde–, al final del cual abandonaban el lugar y se dirigían a sus casas para comer. Por la tarde, a la hora del paseo por la calle Mayor, la afluencia de gente volvía hasta entrada la noche. Muchas veces, las gradas estaban abarrotadas hasta altas horas de la madrugada, cuando daban cobijo a maleantes y vagabundos. Pero no sólo por esto era importante la ubicación de este mentidero, sino que la proximidad de la Casa de Comeros resultaba de especial relevancia. Ésta fermentaba nuevos bulos cuando los soldados iban a recoger sus cartas, cuyo contenido se atendía con especial atención en el mismo. Eran precisamente los soldados los asistentes más ruidosos, por lo que a este mentidero le daban también el nombre de "los Soldados". En cuanto a sus habituales, había de todo. Primaba la gente "ociosa" de clases bajas y medias, pasando por maretricos, soldados e ilustrados, e incluso frailes y curas, de los que Ricardo Sepúlveda dice que "los que picaban de literatos, poetas y artistas" iban a menudo a las gradas a informarse de las últimas noticias de la villa y corte, pues "para eso era el mentidero la verdadera y única gaceta de Madrid".

En cuanto a los sucesos comentados en este mentidero, uno de los más destacados fue la muerte del conde de Villamediana.



5. Muerte del conde de Villamediana. Este personaje inspiró los comentarios más satíricos de las gradas de San Felipe por su amor a Isabel de Borbón. 6. Lope de Vega. El Fénix de los Ingenios era un asiduo de los mentideros. 7. Luis de Góngora. El Berrio de los Literatos o de las Musas concentraba al grueso de los grandes autores del Siglo de Oro.



Se hablaba del amor que profesaba a la reina Isabel de Borbón. El rumor se incrementaría cuando se incendió el teatro del Buen Retiro y el conde la sacó en brazos

na. Personaje reconocido por ser un conquistador nato y por la variedad de sus amores, era un asiduo a estas tertulas y acabaría por convertirse en el centro principal de atención de los asistentes.

EL AMOR A LA REINA

En estas conversaciones, todos hablaban sobre todo del supuesto gran amor que profesaba a la reina Isabel de Borbón. El rumor se incrementaría cuando se incendió el teatro del Buen Retiro y el conde sacó a ésta en brazos. Muchos llegaron a decir que había provocado el incendio para poder hacerlo. Cuando el conde de Villamediana fue asesinado en 1622 las malas lenguas de las Gradas de San Felipe atribuirían este asesinato a Felipe IV, con los ojos como motivo principal. Aunque también se hablaría de algún sicario conocido e incluso del conde duque de Olivares, rumores que cayeron durante largo tiempo. Tal fue así, que grandes poetas le dedicaron al suceso versos, como los que se muestran a conti-

nuaición, y cuya autoría es atribuida a Lope de Vega por unos, y a Góngora por otros: "Mentidero de Madrid / decidnos: ¿Quién mató al conde? / ni se sabe, ni se esconde / sin discurso discurió: / Dicen que lo mató el Cid / por ser el conde Lozano / ¡Díeperte chabacano! / La verdad del caso ha sido / que el matador fue belido / y el impulso soberano".

Este mentidero seguiría en funcionamiento a lo largo de la centuria siguiente y hasta mediados del siglo XIX, cuando desaparecería como consecuencia de la aparición de la prensa, siguiente difusor de información.

EL MENTIDERO DE REPRESENTANTES

El conocido como "mentidero de los comerciantes o representantes" fue el lugar de reunión de la gente del mundo del espectáculo madrileño. Se hallaba en la confluencia de la calle del León con las de Francos y Cantamarias, en una zona donde la vía se ensanchaba y daba lugar a una especie



LOS CORRALES DE COMEDIAS

En estrecha relación con los mentideros, existían los Corrales de Comedias. Relacionados también con el mundo artístico y literario del Madrid del Siglo de Oro, se situaban en el Barrio de los Literatos, y contaban con gran afluencia de actores, poetas y escritores. Como bien dice Ricardo Sepúlveda, "no es posible discurrir acerca del mentidero, sin tocar con los corrales de Madrid, como que la mayoría de los concurrentes a aquel análogo eran cómicos, autores de comedias y arrendadores de corrales. Acudían también, por afición a la charla, escritores sueltos, poetas, cómicos de varios estados".

Su nacimiento se produjo en 1567 como medio para conseguir recursos con los que sostener los hospitales; con parte del precio de las entradas, se costearía la asistencia a los enfermos. La cofradía de la Pasión, una de las encargadas de los hospitales, instaló tres: uno en la calle del Sol y dos en la del Príncipe.

Su nombre obedecía a que eran corrales o patios formados por las construcciones de una o varias casas colindantes. Se trataba de espacios descubiertos, generalmente rectangulares, en los que el tablado del escenario ocupaba la parte central de uno de los lados cortos, y su utilización se inició en la segunda mitad del siglo XVI. Los más famosos de Madrid eran los de las calles del Príncipe y de la Cruz. El de la Cruz estaba situado en la confluencia de las calles de la Cruz y Niñez de Arce. Y era el preferido por el rey Felipe IV y su primera esposa –Isabel de Borbón–, y el lugar donde más le gustaba representar sus obras a Lope de Vega. Respecto al corral del Príncipe estaba situado en el solar que hoy ocupa el teatro Español en la plaza de Santa Ana, y era el preferido por la mayor parte de los autores de la época.

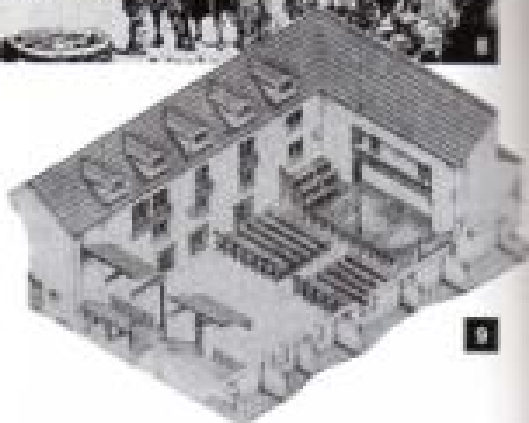
En lo que se refiere al pago de la entrada, el primero, un cuarto, se hacía a la puerta del corral, y era la parte destinada al autor, es decir, al director de la compañía y arrendador del local. En la segunda puerta, se abonaban tres cuartos del importe, dedicados a ingresar los fondos de los hospitales. Después se pagaban veinte maravedíes para ocupar un asiento de banco, que las mujeres debían satisfacer para tener su lugar en la casaca –localidades para mujeres–.



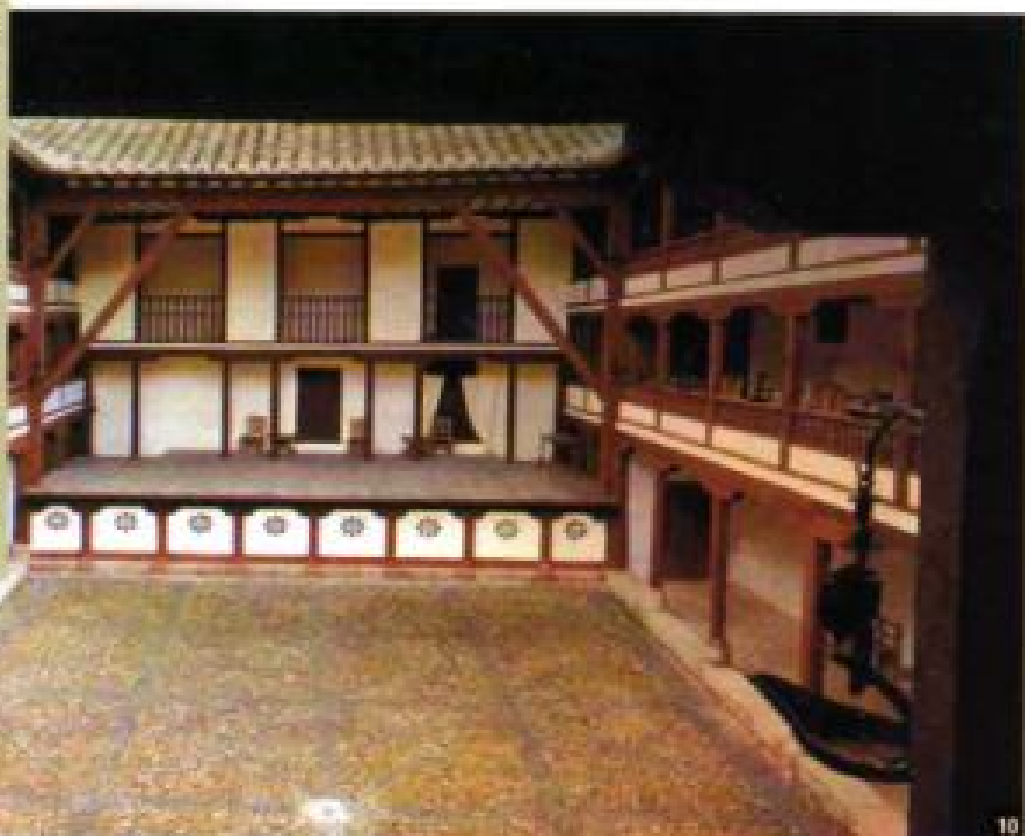
de plaza. Allí se reunían actores, actrices y todo tipo de artistas.

Por ello, era una especie de sindicato de actores, aunque su función principal era otra, la de mentidero. Allí se comentaba todo lo ocurrido en la corte, pero principalmente lo que tenía que ver con el mundo del espectáculo. En lo que se refiere a éste, la hora de mayor afluencia era, sin duda, la mañana cuando, al igual que ocurría en las Gradas de San Felipe, las mujeres salían a hacer sus compras.

El momento álgido de este mentidero fue el siglo XVII. Pasado el tiempo tuvo que trasladarse a la plaza de Santa Ana por su mayor amplitud, y las calles que lo rodea-



8. Corral del Príncipe. Cómicos, autores y arrendadores se debían cita en estas salas. **9. Plano.** Así era la estructura de los corrales. **10. Comedia.** El público comentaba la actualidad en corrillos. **11. Felipe IV.** Durante su reinado, los mentideros alcanzaron su apogeo. **12. Las Letras de Palacio.**





El mentidero impulsó durante años algunas de las más formidables campañas de difamación que se han conocido

ban fueron bautizadas con los nombres de las tres figuras literarias más destacadas del siglo XVII: Lope, Cervantes y Quevedo, como indica Mesonero Romanos y recoge Ricardo Sepúlveda. "este reducido distrito del Mentidero, que andando el tiempo, dice Mesonero Romanos, se pasó a la plaza de Santa Ana, aunque muy renovado su caserío, conserva recuerdos interesantes que nadie podrá borrar, porque se identifican con los tres nombres más grandes del siglo XVII: ¡Cervantes, Lope y Quevedo!, los tres vecinos de las tres calles".

LAS LOSAS DE PALACIO

El mentidero de las Losas de Palacio fue centro de noticias de tipo político, militar o diplomático. Ubicado en el patio del Alcázar (actualmente emplazamiento del Palacio Real), reunía a clases sociales distintas a las de los anteriores, que acudían allí (también por la

mañana— con el objetivo de difundir rumores y chismes sobre amores y trapicheos de políticos, diplomáticos y militares. Aunque era menos multitudinario que el de las Gradas de San Felipe por su ubicación —estaba algo más apartado del centro urbano, en el que se encontraban las Gradas—, eso no significaba que literatos reconocidos no le hiciesen alusión. Claro ejemplo de ello es el caso de Calderón, quien en una de sus estrofas resalta su importancia: "Un mes en Madrid viví / siendo estancia de mis pechos / las Gradas de San Felipe / y las Losas de Palacio".

Lope de Vega, por su parte, también se refiere a él en *La moza del cántaro*: "Esto me dijo mi dueño / que en el patio de Palacio, / archivo de novedades, / ya mentiras,

ya verdades, / como peseen despacio / lo contaba mucha gente".

El tipo de noticias o rumores que se difameaban en el

mismo se debía a su emplazamiento ya que en este siglo —el XVII— los patios de Palacio eran accesibles a todos los vasallos del rey porque en la planta baja del edificio estaban instaladas las "covechuelas" (oficinas de la Secretaría de Estado y de los principales consejos de la Corona). Éstas eran frecuentadas diariamente por un gran número de súbditos del rey, que demandaban la resolución de los cien mil pleitos que llevaba aquella burocracia y que centralizaba todos los asuntos administrativos o políticos de Castilla, de Aragón, de Flandes, de Italia, de las Indias... Y de ahí, surgían las críticas de los descontentos con el funcionariado. Por ello, los habituales de este mentidero, lo veían como el lugar idóneo para canalizar sus decepciones a través del chisme y la confabulación. Este mentidero impulsó durante años algunas de las más formidables campañas de difamación que se han conocido, con las que aniquiló los esfuerzos de dos estadistas: el duque de Lerma y el conde-duque de Olivares.

Además de estos tres, otras plazas y callejuelas madrileñas desempeñaron la función de mentidero, aunque es bastante probable que no tuviesen el carácter oficial de los tres afamados lugares.

